

Comercio de servicios ecosistémicos

[entrada para *Diccionario del Posdesarrollo* (2019), editado por Alberto Acosta y Ashish Kothari].

Larry Lohmann

En todo el mundo, las respuestas oficiales a la crisis ambiental giran cada vez más en torno a mercados de unidades de beneficio ambiental. El Protocolo de Kioto de 1997, el Régimen de Comercio de Derechos de Emisión de la UE de 2005, el Acuerdo de París de 2015, los recientes experimentos chinos sobre el comercio de carbono ... todos ellos pretenden abordar el cambio climático mediante el intercambio de derechos de contaminación baratos. Además, en casi todos los continentes, se invita a los empresarios y a los propietarios de tierras a fabricar unidades de biodiversidad, calidad de los humedales o equivalentes de especies que los empresarios pueden comprar para “neutralizar” la destrucción de la que son responsables.

Ninguna de estas iniciativas de “mercado ecologista” tiene alguna capacidad para resolver o incluso afrontar la crisis climática, la crisis de la biodiversidad o cualquier otra crisis ecológica. Esa no es su función. Se entienden mejor como aspectos de la lucha del capital para responder al colapso de diversos compromisos a los que se vio obligado durante el siglo XX.

El primero de estos compromisos, hoy en día obsoleto, incluyó el estado de bienestar en el Norte, la gestión de la demanda estatal y un acuerdo de altos salarios y alto consumo para una “aristocracia” de trabajadores blancos del Norte, junto con el “subconsumo” en el Sur y la provisión de petróleo barato. Este compromiso fracasó desde la década de 1970 cuando sus puntales empezaron a caer: los productores de petróleo se negaron a mantener los precios bajos, las mujeres se negaron a realizar trabajos reproductivo no remunerados, las minorías rechazaron las estructuras racistas, los trabajadores hartos buscaron formas de salir de la rutina, etc. Para hacer frente a la caída de las tasas de beneficio, se buscaron nuevos suministros de mano de obra barata en el Sur global, apartando de la tierra a un número de personas sin precedentes en la historia. Simultáneamente, en el Norte global, los trabajadores se separaron del estado de bienestar, de los sindicatos y de los contratos laborales anteriores. Para dar a los nuevos trabajadores algo con qué trabajar, se desató una arrolladora ofensiva para extraer materias primas baratas de los espacios comunales y de los territorios indígenas de todo el mundo. Para acompañar a este extractivismo revitalizado se encontró una respuesta “poskeynesiana” al problema de cómo los trabajadores mal pagados podrían comprar todos los nuevos productos en oferta: una vasta expansión del crédito privado, o para decirlo más claramente, una colonización de los futuros salarios de los pobres. El sector de las finanzas también contribuyó a cubrir la falta de beneficios promoviendo burbujas especulativas, liquidación de activos, invención de derivados, especulación inmobiliaria, evasión de impuestos a escala industrial, robos de bienes públicos y otras estafas.

Un segundo compromiso que se derrumbó a fines del siglo XX fue el desarrollismo nacional que el capital había visto como una forma de neutralizar las energías revolucionarias de los movimientos nacionalistas poscoloniales. Con su promesa de una división del trabajo entre la agricultura y la industria a nivel nacional y orientada a la independencia, el desarrollismo inevitablemente obstaculizó unas relaciones de propiedad y valor más globalizadas. También cayó víctima de las contradicciones inherentes a su promoción de sustitutos capitalistas a los enfoques comunales o comunistas. La Revolución Verde, la ayuda alimentaria y la expansión de las infraestructuras, junto con una “reforma

agraria” centrada en explotaciones agrícolas individuales privatizadas, solo sirvieron para aumentar la dependencia y las divisiones de clase.

Afortunadamente para el capital, la necesidad de compromisos desarrollistas o asistencialistas disminuyó a medida que el espectro de una alternativa socialista comenzó a desvanecerse luego de las reformas chinas de 1979 y el colapso de la Unión Soviética una década después. Con igual fortuna, el capital pudo sacar ventaja de la creación de la OPEP al fomentar la deuda en petrodólares como un medio posdesarrollista de disciplinar al Sur global dentro del mercado mundial, al igual que, en el Norte global, recurrió a la deuda individualizada como un sustituto disciplinario de la gestión clásica keynesiana de la demanda. El regreso a un orden global de estilo neocolonial fue acompañado por una nueva ola de tratados comerciales coercitivos, acuerdos de “dumping” y corredores intercontinentales de infraestructuras, abanderados por el eslogan de la OMC “hecho en el mundo.”

Un tercer compromiso fracasado fue la regulación ambiental convencional del siglo XX, que expresaba y a la vez contribuía al “agotamiento” de los sumideros de residuos gratuitos con los que había contado el capital industrial durante mucho tiempo. En parte, esta regulación equivalía a un trato con los movimientos ecologistas: a cambio de no cuestionar la propia acumulación de capital, la regulación ambiental gestionaría al capital desde “fuera” a través de tecnocracias armadas con pastiches de diversos principios de los bienes comunes, como el derecho incondicional a la vida de diversas especies, incluidos los humanos. Pero al igual que el “bienestarismo” (también marcado por una defensa a medias del derecho humano a subsistir), este compromiso inestable no pudo durar. Casi tan pronto como se promulgó la emblemática legislación ambiental estadounidense de la década de 1970 fue atacada por ser una “prohibición del crecimiento.” Afortunadamente, ideólogos neoliberales y grupos de expertos con sede en Washington y ONGs ambientales estaban disponibles para ofrecer una salida. Esa regulación se mantendría, pero sus aspectos derivados de los bienes comunes y de las cosmovisiones indígenas debían desaparecer para hacer la legislación compatible con la acumulación de capital. Los límites a la degradación no serían establecidos desde “fuera” por expertos ignorantes de las necesidades del capital, sino mediante la colaboración con las empresas. La ciencia física sería reemplazada por la “econociencia.” Ninguno de los derechos de los humanos o no humanos sería incondicional. La planificación social quedaría firmemente en manos del capital.

La clave fue construir una nueva naturaleza consistente en servicios estandarizados de los ecosistemas que podrían comercializarse en todo el mundo. Para evitar el gasto de reducir el impacto ambiental en casa, las empresas podrían cumplir con las leyes ambientales mediante la compra, cercana o lejana, de unidades de compensación ecológica de bajo costo (por ejemplo, “equivalentes” de reducción de emisiones de CO₂, “unidades” de conservación de los murciélagos, “compromisos de mitigación internacionalmente transferibles”, etc.) Al “promediar” la naturaleza y dividirla en millones de fichas de exención regulatoria que eran estandarizadas, transferibles y baratas, se garantizaba que ningún proyecto capitalista estaría en principio fuera de los límites. Los conductos de extracción y contaminación que la regulación ambiental convencional había amenazado con cortar se repararon con productos derivados de una nueva toma de posesión de la naturaleza de segundo orden. Por ejemplo, las centrales eléctricas de Europa podrían “compensar” sus emisiones de gases de efecto invernadero a través de la colonización de la capacidad fotosintética de extensiones de tierra en América Latina, África o Asia. No sólo se permitió al sector empresarial en su conjunto evitar las presiones para el cambio estructural. Además, sin la demanda procedente de las industrias extractivas (junto con los fabricantes y desarrolladores de infraestructuras dependientes de los combustibles fósiles), los servicios de los ecosistemas no podrían comercializarse. Toda la razón de ser de una economía de servicios de los ecosistemas era la extracción profundizada y abaratada. En una última reconciliación orwelliana, un medio ambiente “sano” pasó a depender de la degradación ambiental.

La fabricación de estas unidades de servicios ecosistémicos también requería saquear el futuro. Esto se logró mediante una numerología arcana paralela a la desplegada por los “quants” de las nuevas finanzas. Esta numerología funciona de la siguiente manera. En primer lugar, una empresa invierte en (por ejemplo) fábricas de coches eléctricos o plantaciones de árboles de monocultivo. En segundo lugar, la empresa contrata a consultores para que demuestren que los coches eléctricos o las plantaciones de árboles, aunque son perjudiciales para el medio ambiente, no son tan malos como “lo que habría ocurrido” si la empresa no hubiera invertido en ellos. En tercer lugar, los consultores miden “cuánto mejor” son los coches eléctricos o las plantaciones de árboles que “lo que habría sucedido de otro modo”. En cuarto lugar, la empresa presenta esta cifra al estado (o a los consumidores) para demostrar que está “compensando” los daños medioambientales causados por otras actividades que también lleva a cabo, como la fabricación de cemento o la extracción de carbón. Esta cifra representa lo que se denomina “degradación evitada” y otorga a la empresa una “licencia verde” para continuar con todas sus actividades: la minería del carbón, la producción de cemento, la fabricación de coches eléctricos y las industrias forestales.

En otras palabras, los nuevos mercados de servicios ecosistémicos no sólo permitieron a las corporaciones aumentar el daño ambiental que hacían. También se convirtieron en una máquina para regenerar mitologías coloniales autocumplidas que contraponen a la gente corriente (especialmente la que vive en el Sur global) -que se considera carente de imaginación o iniciativa y se supone que está destruyendo su medio ambiente mediante un desarrollo industrial irresponsable o una agricultura de tala y quema- con los inversores occidentales ilustrados, que se entienden como los únicos humanos capaces de asegurar el futuro de la naturaleza, a través de las “alternativas” que sólo ellos pueden proporcionar. La regulación ambiental convencional, en paralelo con el asistencialismo y el desarrollismo, dio paso a relaciones de valor más globalizadas y a nuevos colonialismos del espacio y el tiempo.

La tolerancia con el comercio de servicios ecosistémicos y hacia el neoextractivismo que todavía se encuentra entre muchos en la izquierda equivale a un único delirio. Del mismo modo, la idea de que la venta de servicios ecosistémicos hará la fortuna de los países del Sur es tan plausible como la idea de que el neoextractivismo, al destruir los bienes comunes, se convertirá en una fuente de riqueza redistribuible que puede repararlos. Toda la premisa del comercio de servicios ecosistémicos es abaratar la regulación hasta el punto de que ya no pueda considerarse un obstáculo para la acumulación de capital; la constante presión a la baja de los precios supera la de muchos mercados de productos primarios. Ningún programa de reforma, supervisión o mejora de la numerología podría tener ningún impacto en esta estructura subyacente de explotación, sino sólo los movimientos populares que se enfrentan al comercio de servicios ecosistémicos como parte del mismo complejo neoliberal que también incluye los programas de austeridad, los recortes salariales, los nuevos cercamientos de los espacios comunales, la financiarización, los acuerdos de libre comercio y el neoextractivismo.

Más información

Araghi, Farshad (2009) “The Invisible Hand and the Visible Foot: Peasants, Dispossession and Globalization [La mano invisible y el pie visible: Campesinos, despojo y globalización].” En *Peasants and Globalization: Political Economy, Rural Transformation and the Agrarian Question*, coordinado por A. H. Akram-Lodhi y Cristobal Kay. New York: Routledge: 111-147.

Felli, Romain (2014) “On Climate Rent [Sobre el alquiler climático],” *Historical Materialism* 22 (3-4): 251-280.

Pena-Valderrama, Sara (2016) *Entangling Molecules: An Ethnography of a Carbon Offset Project in Madagascar's Eastern Rainforest* [*Moléculas enredadas: Una etnografía de un proyecto de compensación de carbono en la selva oriental de Madagascar*]. Tesis doctoral, Durham University, disponible en <http://etheses.dur.ac.uk/11475/>.